



**Vicente Blasco Ibáñez,
hombre de pensamiento
y acción:
¿qué queda hoy de él?**

Ramón Tamames

**Vicente Blasco Ibáñez,
hombre de pensamiento
y acción:
¿qué queda hoy de él?**

Ramón Tamames



AJUNTAMENT DE VALÈNCIA



BIBLIOTECA BLASCO IBÁÑEZ

Colección “Cuadernos de la Casa-Museo Blasco Ibáñez”
Directora: Rosa María Rodríguez Magda

© De esta edición:
AYUNTAMIENTO DE VALENCIA
Delegación de Cultura. Servicio de Publicaciones
FUNDACIÓN BANCAJA

© Del texto: Ramón Tamames (castecien@bitmailer.net)

Foto de portada: Blasco Ibáñez en la terraza pompeyana
de su chalet de la Malvarrosa, convertido hoy en su casa-museo.

ISBN: 978-84-8484-328-3
Depósito legal: V-1694-2010
Imprime: **ROMEU** IMPRENTA

El Ayuntamiento de Valencia, fiel a su compromiso de rendir homenaje a nuestros antepasados más ilustres, de reivindicarlos también a través del conocimiento y la divulgación de su vida y de su obra, se siente satisfecho de promover una nueva colección, “Cuadernos de la Casa-Museo Blasco Ibáñez”, que iniciamos con este libro del prestigioso catedrático D. Ramón Tamames, Premio Jaime I de Economía.

Gran lector y admirador de Vicente Blasco Ibáñez, el profesor Tamames ha profundizado en las circunstancias históricas que marcaron la vida del novelista valenciano más universal. Esta obra, *Blasco Ibáñez: un hombre de pensamiento y acción. ¿Qué queda hoy de él?* –fruto de la conferencia del mismo título que Ramón Tamames impartió el 29 de julio de 2009 en la casa-museo– nos aproxima a esa doble dimensión del escritor, a su fascinante y fecunda actividad como político, como escritor e incluso como colonizador y viajero.

Estamos, pues, ante una obra pluridimensional que Ramón Tamames estructura en breves capítulos, en apartados donde de forma clara y directa aborda las “distintas caras de Blasco Ibáñez”, de quien, a lo largo de su vida, fuera varias veces diputado y otras tantas detenido por sus actividades políticas; del prestigioso autor al que la historia de la literatura le debe obras tan importantes como *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* –llevada al cine–, *La barraca* o *Arroz y tartana*, y que brilló no sólo por la cantidad y calidad de su legado, sino también por su personalidad atractiva y arrolladora.

Es un honor presentar a todos los valencianos esta nueva obra que, de la mano de Ramón Tamames, nos acerca aún más a Vicente Blasco Ibáñez, y nos permite contribuir a mantener su memoria y su recuerdo.

Rita Barberá Nolla

Alcaldesa de Valencia

En esta publicación se edita la conferencia dictada por el economista, historiador y escritor Ramón Tamames, en la Casa-Museo Blasco Ibáñez de Valencia, el 29 de julio de 2009, en torno al tema *Vicente Blasco Ibáñez, hombre de pensamiento y acción: ¿qué queda hoy de él?*

Se habían conmemorado unos meses antes los setenta y cinco años de la llegada a Valencia, en 1933, del cadáver del escritor, muerto en Menton, en la Costa Azul francesa, un acontecimiento que fue seguido por una verdadera multitud de personas, que testimoniaron así su admiración por el político o por el novelista, sin que necesariamente ambos motivos hubiesen de ir unidos.

Era, pues, una buena oportunidad para que abordase la trayectoria vital de Blasco Ibáñez una personalidad como Ramón Tamames, hombre de pensamiento y, durante una larga etapa, también de acción política, un escritor que en algún momento se dio a conocer como novelista, cuando ya había adquirido un enorme prestigio por sus estudios sobre la estructura económica de España y sobre otras materias propias de su dedicación académica.

En estas páginas, que se publican con el patrocinio de Bancaja, Ramón Tamames analiza la vida de Blasco –ciertamente llena de cambios e incluso de aventuras–, su pasión irrenunciable por la literatura y, excepto un periodo de alejamiento, también por la política.

Pero no se detiene ahí, sino que, tal como lo sintetiza el título de esta conferencia, se interroga, y en cierta forma interroga también al auditorio, y ahora al lector, sobre la pervivencia de la obra, extensa y variada, de Blasco Ibáñez. Sobre sus novelas y cuentos, desde las narraciones situadas en Valencia, la Huerta o La Ribera, a las de carácter histórico o las de ambiente cosmopolita; su labor de articulista y de corresponsal en los frentes, durante la Primera Guerra Mundial.

Sobre sus aventuras de viajero por todo el mundo e incluso de colonizador en Argentina, o sus relaciones con la naciente industria cinematográfica en Norteamérica. Y esos interrogantes también están latentes en las palabras del conferenciante, cuando se refiere a la actividad política de Blasco, uno de los grandes nombres del republicanismo español.

La pervivencia de Blasco está asegurada entre otros factores, subraya Tamames, por la audiencia que alcanzan sus obras a través de la televisión; en definitiva, de los nuevos medios de comunicación, cuando ya se habían difundido algunas, en su tiempo, y con éxito, a través del cine.

Bancaja mantiene una atención permanente hacia la cultura, en el marco de su profundo compromiso social. Además, una parte de esa atención se dirige, de manera muy directa, hacia todo el riquísimo patrimonio artístico, intelectual y literario de la Comunidad Valenciana.

En ese sentido, es muy satisfactorio para nuestra institución hacer llegar a un extenso público, que no pudo escuchar en su día las palabras de Ramón Tamames, el texto que las recoge y las amplía, en una visión muy actual acerca de un persona que en Valencia ha sido un verdadero mito, contra cualquier circunstancia adversa.

José Luis Olivas Martínez

Presidente de Bancaja

Vicente Blasco Ibáñez, hombre de pensamiento y acción: ¿qué queda hoy de él?

Vicente Blasco Ibáñez nació en Valencia, el 29 de enero de 1867, de padres originarios de Teruel que se hicieron con un pequeño negocio de ultramarinos en las proximidades del Mercado Central de la ciudad del Turia. Se licenció en Derecho en 1888, aunque prácticamente no ejerció la carrera, para dedicarse en realidad a la política y a la literatura. Blasco escribía con inusitada rapidez, y aunque conocía bien la lengua valenciana, produjo toda su obra en castellano (*español* desde 1926 según la Real Academia Española). Como escritor, se manifestó entusiasta de Cervantes, Balzac y Dickens, aunque, para la mayoría, siempre fue *el Zola español*.

A los veinte años (1887) entró en la masonería —adoptó el *nombre de logia* de *Danton*—, que podía ofrecer contactos, apoyos e influencias útiles para el *hombre de acción*. Pero al no ser por entonces un instrumento de mayor utilidad para la competición electoral, pronto abandonó tal cofradía por impago de cuota; lo cual no fue óbice para que luego el franquismo machaconamente le tildara de haber sido miembro de ella¹. Él mismo explicó así sus orígenes y principales sentimientos:

A la edad de doce años, comencé a ejercitarme en el arte de escribir y a los catorce ya había hecho una novela, de

¹ REIG, Ramiro, *Vicente Blasco Ibáñez*, Madrid, Espasa Calpe, 2002.

las de *capa y espada*. Me fui a Madrid huyendo de la casa paterna para sufrir hambre y miseria; mas di con el viejo novelista don Manuel Fernández y González, el cual me tomó por secretario, colaborando con él en sus últimas obras...

Por mis lecturas, me fui formando, poco a poco, posesionándome de cuantas obras caían en mis manos; entre ellas, la *Vida de Jesús*, de Renán, y varios tomos de Pi y Margall, mi futuro jefe. Si no asistía a las aulas universitarias, en cambio me pasaba las mañanas, las más de las veces, vagando por los caprichosos senderos de la vega valenciana, cuando no tendido a la sombra de una vieja barca, contemplando el juego de las espumas marinas y soñando con el cisne de Lohengrin...²

He sido agitador político, he pasado una parte de mi juventud en prisión (30 veces), me han herido en duelos feroces, conozco todas las privaciones físicas que un hombre puede sufrir, incluso la de una pobreza absoluta, y al mismo tiempo he sido diputado hasta que me cansé de serlo (siete veces); he sido amigo íntimo de jefes de Estado, conocí personalmente al viejo sultán de Turquía, he vivido en palacios; durante unos años de mi vida he sido hombre de negocios y manejado millones, en América, he fundado pueblos...³

En línea con todo eso, Blasco se definió a sí mismo como *un hombre de acción*. Interesante coincidencia, pues Pío Baroja, su mayor crítico de la *Generación del 98*, admiró a su propio *hombre de acción*, Eugenio de Aviraneta, al que dedicó una serie de nada menos que veintidós volúmenes de su obra.

2 Fragmento de una carta remitida por Blasco a Isidro López Lapuya en 1927, citada en el prólogo anónimo a BLASCO IBÁÑEZ, Vicente, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1961.

3 MIRA, Joan F., *La prodigiosa historia de Vicente Blasco Ibáñez*, Alzira, Algar, 2004.

Sobre ese carácter vitalista de Blasco, en una entrevista que al autor de este trabajo le hizo para la revista *Valentía* (nº 34, 2009) Blanca López Handrich, surgió lo siguiente:

Ya que se ha referido a Blasco Ibáñez, se podría decir que hay ciertos puntos que Vd. tiene en común con él, como el hecho de ser bastante polifacéticos, ¿lo había pensado?

Ahora que he estado trabajando en mi ponencia sobre Blasco Ibáñez, y todo lo *servanta distantia* que se quiera, he podido apreciar algunas concomitancias, de las que ya tenía alguna idea, pues mis aficiones por Blasco Ibáñez me fueron llegando con una cierta cadencia desde muy temprana edad. Primero, las *novelas regionales*, durante el bachillerato. Luego, *La vuelta al mundo de un novelista*, que me entusiasmó y que llevé en mi equipaje cuando hice mi propia primera circunvalación al planeta. La tercera fue una oleada más de novelas de gran éxito internacional, sobre todo *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, sin olvidar sus dos versiones cinematográficas. Y naturalmente, también me interesó mucho la acción de Blasco, cuando redactando mi libro *Ni Mussolini ni Franco: la dictadura de Primo de Rivera y su tiempo*⁴, estudié con cierto detalle las actitudes democráticas de nuestro autor frente a la dictadura autoritaria —no hacía falta decir lo de autoritaria, todas lo son— de Primo de Rivera.

g

El político

En 1889, con 22 años, Blasco fundó el semanario *La Bandera Federal*, como órgano de expresión que sería del republicanismo valenciano, y al año siguiente hubo de huir a París como

⁴ Editado por Planeta, Barcelona, 2008.

consecuencia de una manifestación que había contribuido a promover contra el entonces presidente del Consejo de Ministros, Antonio Cánovas del Castillo, siendo en la capital francesa donde conoció a los principales impulsores del naturalismo en la literatura y sobre todo a Zola. Ese mismo año contrajo matrimonio con D.^a María Blasco del Cacho —“de belleza serena y carácter reposado”, según los biógrafos del escritor—, que se vio desbordada por el torbellino de su marido. El matrimonio no estabilizó ni su vida de hombre de acción ni sus facetas sentimentales, como luego veremos.

En Valencia en 1891 le eligieron presidente del Consejo en la Asamblea Regional del Partido Federal, para pasar a formar parte en Madrid del Partido Federal, cuyo líder era Pi y Margall. Así las cosas, en el mes de marzo se celebró en Valencia un gran mitin para protestar por la Guerra de Cuba, con toda una serie de altercados que condujeron a proclamar el estado de sitio; y Blasco, nuevamente, hubo de salir para el extranjero, esta vez a Roma.

A la vuelta de la ciudad eterna, se le conmutó la pena de prisión por la de destierro, marchando entonces a Madrid, donde su figura política fue consolidándose, al ser elegido diputado a Cortes por Valencia, dentro del Partido Republicano.

En 1898, el 25 de abril, EE.UU. declaró la guerra a España tras la voladura del *Maine* en el puerto de La Habana, a lo que siguió una contienda tan rápida como militarmente desastrosa para España; situación ante la cual Blasco, en su artículo “La paz deshonrosa”, criticó duramente a un gobierno que había visto aniquilada su flota en aguas de Santiago de Cuba y que hubo de entregar Puerto Rico, Filipinas y Guam [en Las Marianas, pasando el resto del archipiélago, por ven-

ta forzada, a Alemania] a EEUU, tras una derrota sin apenas grandes proezas. De hecho, nuestro autor, como tantos otros, estuvo en permanente contradicción: se culpaba al gobierno por su inhábil manejo del problema, pero con una alternativa de lo más incongruente:

Se acusaba al gobierno y se le exigía que defendiese el honor de España, se estaba contra la guerra y se pedía que fueran a ella todos, pobres y ricos. En las algaradas callejeras se gritaba *Viva España con honra*, exigiendo que se hiciera frente a los yankees, y *Viva la República*, presintiendo la derrota y el fin de la monarquía⁵.

De hecho, el *desastroso* final de la guerra fue un expediente aceptado en la metrópoli; para acabar con la carga insostenible de muchos años de ahogos económicos y penalidades de todas clases por las contiendas coloniales.

Aunque entrado el siglo XX Blasco continuó en la política, su interés fue declinante, al comprobar que ni siquiera con el *Desastre* de 1898 se fuera capaz de acabar con el régimen monárquico de *oligarquía y caciquismo* de la Restauración (Costa *dixit*). En definitiva, el caso de Blasco fue el de muchos políticos: hay que estar obsesionados por el poder y dispuestos a sacrificar cualquier otra vocación, para llegar a los puestos más elevados en un área tan miserable de vida como con frecuencia puede ser la política. Y frente a esa eventualidad, Blasco pronto se consideró a sí mismo como “un obrero de la pluma”... Que estaba en la política por sus ideales... que se frustraron en 1909. Y ante tantas miserias *dentro del sector* —como se diría hoy—, se decidió a reprivatizar sus queha-

⁵ REIG, Ramiro, *ob. cit.*



Blasco Ibáñez trabajando en el despacho de su casa de la Malvarrosa.

ceres. Aunque, ciertamente, en 1924 no rehuyó la combatividad contra la dictadura de Primo de Rivera, lo que, según veremos, le costó su sillón en la Real Academia Española, y seguramente también el Premio Nobel de Literatura.

El escritor

En 1887 Vicente Blasco dio a la luz su primer libro, *Fantasías*, y, al año siguiente, obtuvo un premio en los Juegos Florales de Valencia por su *Biografía de don Hugo de Moncada*, siendo nombrado vocal de la Junta Directiva de la ya citada sociedad *Lo Rat-Penat*.

Precisamente, sus primeros cuentos —recuerda Ramiro Reig—, aunque escritos en castellano, fueron publicados, en el *Almanaque de Lo Rat-Penat*, traducidos al valenciano. Blasco pensó que, si quería ser escritor, había de serlo en español, no solo porque era la lengua que él dominaba, sino porque representaba una cultura universal⁶.

En 1892 publicó su novela *La araña negra*, y de 1893 data su obra *París*, con los artículos escritos durante su exilio en la *Ville Lumière*. Vinieron luego las ya aludidas *novelas regionales*: *Arroz y tartana* (1894), *Flor de mayo* (1895), *La barraca* (1898), *Entre naranjos* (1900) y *Cañas y barro* (1902). Sabía sobre lo que escribía, conocía bien tierras y paisajes, y lo hizo de mano maestra.

El *ciclo social* lo formaron *La catedral* (1903), *El intruso* (1904), *La bodega* (1905) y *La horda* (1905), siempre con la denuncia de la injusticia social y la actitud anticlerical. Más concretamente, *La bodega* se publicó en febrero de 1905, y en noviembre apareció *La horda*. Esta última fue, por tanto, una novela escrita a toda velocidad, algo que se notó a las claras, y que Baroja juzgó como *un libro ramplón*, estimando que en él se había aprovechado el material de sus propias obras (*La busca*, *Aurora roja* y *Mala hierba*), dándole unidad mediante “fórmulas viejas de relleno y una retórica altisonante”⁷.

Entre sus libros de carácter histórico, destacó por *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916) —su *obra cumbre* a la que nos referimos *in extenso* más adelante—, a las que siguieron *Mare Nostrum*, *El Papa del mar* y *A los pies de Venus*.

6 REIG, Ramiro, *ob. cit.*

7 REIG, Ramiro, *ob. cit.*

Como trabajos autobiográficos cabe citar *La maja desnuda*, *La voluntad de vivir*; e incluso *Los argonautas*, donde emerge la historia de la colonización española de América; libro que fue un fracaso del que sólo se recuperó merced a *Los cuatro jinetes*.

Algunos de sus reportajes gozaron de gran popularidad, como su *Historia de la guerra europea*. Y, sobre todo, *La vuelta al mundo de un novelista* (1927), a la que luego nos referiremos extensamente⁸.

La crítica barojiana

Aunque en algunos análisis literarios se incluye a Blasco entre los escritores de la *Generación del 98*, la verdad es que sus coetáneos no le *admitieron* en su grupo, tal vez, sobre todo, porque no era madrileño, ni hacía vida en los cenáculos literarios de la capital, aparte de que, como hombre de acción, contrastaba con la mayoría de la *Generación del 98*, gente más bien contemplativa. En ese sentido, en Blasco hubo mucho de aquello que Karl Marx dijo en la 11ª tesis sobre Feuerbach: “el filósofo no debe conformarse con contemplar el mundo, tiene que contribuir a cambiarlo”.

El autor de este trabajo se siente muy barojiano, y en los pasajes que siguen tal vez peque de ello, al subrayar que, de los integrantes de la *Generación del 98*, Pío Baroja fue el que más duramente criticó a Blasco; según cabe apreciar por algunas referencias⁹, empezando por la siguiente:

Blasco Ibáñez era un escritor de quien yo he leído poco y sólo en algunas ocasiones. Sin embargo, de las veces que

8 *Enciclopedia Larousse*, sub voce BLASCO IBÁÑEZ, Vicente.

9 BAROJA, Pío, *Desde la última vuelta del camino. Memorias. Galería de tipos de la época*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1950.

hablé con él, saqué una impresión bastante reveladora de su carácter. La primera vez que le vi fue en Valencia, no recuerdo el año. Sería en 1892 o en 1893. Yo era estudiante de Medicina.

Me hablaron de Blasco Ibáñez como de un hombre terrible. Publicó por entonces una novela anticlerical, con el título de *La araña negra*. Se anunciaba con tinta azul en las aceras, procedimiento que yo no había visto emplear hasta entonces. Un hombre llevaba un sello grande de hierro entintado y marcaba con él un letrero en las piedras de la calle.

Años más tarde, Baroja presentó nuevos *alegatos*, es un decir, contra su coetáneo novelista valenciano:

A Blasco Ibáñez le oí, hacia 1903, en los jardines del Buen Retiro, esta frase:

—“Los escritores de Madrid no tienen costumbre de comer...”

No creo que fuera verdad: pero se lo oí, estoy seguro.

Palacio Valdés afirmó al morir Blasco Ibáñez, en algún periódico: “Blasco Ibáñez cierra el ciclo de los restauradores de la novela española”.

No sé cómo se puede asegurar esto de una manera radical. Ya podía aparecer otro Cervantes en España, cosa improbable, pero posible. Palacio Valdés le hubiera salido al paso y le hubiera dicho: “Perdone usted: el ciclo de los restauradores de la novela española está cerrado. El último restaurador es Blasco Ibáñez y el penúltimo soy yo. Así que no insista usted más”. Se veía en él —Palacio Valdés— que era un hombre preocupado con su fama.

La última referencia de Baroja que aquí retenemos tiene poco que ver con la literatura en sí:

El año 1913 fui a París, como ya he contado, en compañía del amigo médico de Vera de Bidasoa, Rafael Larumbe. Y al decirles que me marchaba a España decidieron darme un pequeño banquete en el restaurante de *La Closerie des Lilas*, en el entresuelo.

El día del banquete me encontré con Zuloaga y Blasco Ibáñez. Subimos al restaurante los tres, donde se llegaron a reunir veinte o treinta personas. En esta época Blasco quería demostrar que había llegado a la cumbre, que, con méritos o sin ellos, ganaba más que nadie, cosa que no creo que fuera del todo cierta. Porque en este tiempo había escritores que ganaban más que él: Kipling, Conan Doyle, Loti, France, etc.

16 Conociendo a Baroja, sus críticas no fueron tan tremendas. No es el personaje que sale peor librado de sus *Memorias*, donde hay partes en las que, como se dice coloquialmente, *no queda títere con cabeza*.

En cambio, Max Aub¹⁰ tenía de Vicente Blasco Ibáñez una idea muy distinta de la de Pío Baroja. Así, lo que para otros fue una mezcla de ostentación y oropeles, él lo convirtió en mito:

Era un dios, ¿me oís?, un dios, y además lo parecía: alto, fuerte, casi hercúleo, el pelo ensortijado, la cara de dios griego, un poco grueso tal vez... ¡Y una voz! ¡Qué voz!... Vosotros no habéis conocido a Blasco, el verdadero Blasco, era un dios. Hablaba de todo: de poesía, de libros que nadie había leído —por lo menos los que le escuchábamos—, de historia, de geografía ¡y le entendíamos¹¹!

10 <http://www.maxaub.org/>

11 REIG, RAMIRO, *ob. cit.*



En el Café de la Rotonda, en París, con diversos exiliados españoles: Unamuno, Corpus Barga, Ortega y Gasset...

Pocos retratos le pintaron tan agraciado, en tanto que sus enemigos políticos le caricaturizaron con saña, llamándole “revolucionario de entretiempo, Danton de pacotilla, cacique rojo, sultán de La Malvarrosa, etc.”.

El caso es que la *Generación del 98* siempre fue parca en sus apreciaciones, y aún menos en elogios, sobre la obra de Blasco. A su muerte en 1928, creo que sólo Unamuno le dedicó un artículo —escrito en París, donde por entonces vivían los dos; en un exilio oficial en el primer caso, y autoimpuesto el segundo—: un largo obituario, reproducido después en el número extraordinario de *El Pueblo* de 29 de octubre de 1933. Nota necrológica en la que no hubo valoraciones literarias;

aunque sí un gran énfasis en las actitudes de Blasco en pro de las libertades y en contra de la dictadura de Primo de Rivera.

En ese mismo número extraordinario de *El Pueblo*, que se publicó con ocasión de la llegada de los restos mortales de Blasco a Valencia, hubo algunos espacios escritos por Lerroix y Niceto Alcalá Zamora. Pero nada de Ortega y Gasset, Manuel Azaña, Prieto o Besteiro. Y casi nada de escritores consagrados: sólo Salvador de Madariaga, homenajando más al político que al escritor; y Alberto Insúa, un novelista bastante leído en los años 20 y 30 (*El negro que tenía el alma blanca*, fue su obra más conocida), y que actualmente yace en el olvido más absoluto.

Ramiro Reig, que ha hecho seguramente el mejor libro sobre Vicente Blasco Ibáñez, es un admirador comedido de su obra literaria, que resume así:

18

Exageraba, pero no mentía. En su tiempo no hubo ningún escritor que visitara tantos lugares, que se metiera en tantos líos, y que ganara tanto dinero, razón por la cual se le ha considerado un mal escritor. Desde luego nunca le preocupó realizar la obra maestra. Escribía atropelladamente, compulsivamente, llevado por la necesidad de contarles cosas a los demás.

El colonizador

En 1909, Blasco, ya lo hemos visto, se cansó de la política. Se despidió de su investidura de diputado, y marchó a la República Argentina para pronunciar conferencias sobre literatura y arte. Aceptaba así la propuesta que le hizo Bartolomé Mitre, director de *La Nación*, diario en el que el valenciano escribía desde tiempo atrás. Y en Buenos Aires, donde pre-



Blasco Ibáñez con cuatro de los más de seiscientos peones que llegó a contratar en su aventura argentina.

viamente habían hablado en público personalidades como Jaurès, Clemenceau y Anatole France, produciendo sólo entusiasmos relativos, la palabra encendida de Blasco arrebató a los auditorios.

En poco tiempo se convirtió en el ídolo de la capital del Plata. Y esos éxitos lo animaron, con el apoyo y el estímulo del gobierno argentino a promover a orillas del río Negro, en la frontera entre la Pampa seca y la Patagonia, la colonia *Cervantes*; para extender luego su actividad a la norteña provincia de Corrientes, con otro poblamiento que llamó *Nueva Valencia*.

Sin base económica adecuada y con dosis de organización insuficientes, tales empresas fracasaron, y le llevaron a abandonarlas en marzo de 1914, después de cinco años de brega casi increíble, y no sin críticas por dejar a su suerte a muchos a quienes había comprometido en la aventura. Al referirse a la experiencia siempre tuvo un deje de amargura. Pero ese fracaso fue lo que permitió su definitivo triunfo en la literatura.

Los cuatro jinetes

La vuelta de Blasco de Argentina a Europa casi coincidió con el estallido de lo que por entonces se llamaría Primera Guerra Mundial, y así en contra de lo que deseaba de la capital francesa —una vida tranquila escribiendo novelas y cerca de su amante, Elena Ortúzar, a quien había conocido en París en enero de 1906—, pronto se topó con la vorágine del conflicto. De la mujer de sus amores, por aquel tiempo, Pilar Tortosa, miembro de la familia Blasco, dejó un retrato bien elocuente:

Como una mujer frisando ya la madurez pero llena de vitalidad, con un halo exótico intencionadamente subrayado (mezclaba giros chilenos con expresiones francesas), parlanchina incansable, atropellada y voluble en sus decisiones, pero tenaz en su estrategia de seducción. La ligereza le daba un indudable encanto, que ella sabía combinar con un toque intelectual y cosmopolita, de persona que ha viajado y conocido a personas interesantes¹².

12 REIG, Ramiro, *ob. cit.*



La guerra lo cambió todo, y fue el origen de la obra que le traería la fortuna que no pudo encontrar en Argentina. El propio Blasco se explicó muy bien al respecto:

En julio de 1914 noté los primeros indicios de la próxima guerra europea, viniendo de Buenos Aires a las costas de Francia en el vapor alemán *König Friedrich August* (...) Viví en el París solitario de principios de septiembre de 1914, cuando se desarrolló la primera batalla del Marne y el gobierno francés tuvo que trasladarse a Burdeos, para retornar después de la batalla... Conversé un día con Poincaré, que era entonces presidente de la República..., y que quería felicitarme por mis escritos espontáneos a favor de Francia en

los primeros y más difíciles momentos de la guerra, cuando el porvenir se mostraba oscuro, incierto.

—Quiero que vaya usted al frente —dijo— pero no para escribir en los periódicos... Vaya como novelista. Observe, y tal vez de su viaje nazca un libro que sirva a nuestra causa.

Gracias al presidente de la República pude ver todo el inmenso escenario de la batalla del Marne, cuando aún estaban recientes las huellas de este choque gigantesco¹³.

Resultado de la sugerencia de Poincaré fue la celeberrima novela *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916), cuya salida como folletón en *El Heraldo* de Madrid a lo largo de 1916, y su posterior publicación como libro, tuvo una acogida sólo discreta. La publicación en inglés, en EEUU, lo condujo al más resonante éxito, al cautivar al público norteamericano tan pronto como su país entró en guerra con Alemania en 1917.

22 Años después, en 1924, la *International Book Review* de Nueva York hizo una encuesta entre sus lectores sobre sus diez escritores preferidos. En primer lugar, quedó H. G. Wells, y no por ninguna de sus novelas, sino por sus *Ensayos de Historia*. El segundo puesto le fue otorgado a Blasco por *Los cuatro jinetes*: se había hecho famoso en EEUU, donde en una primera oleada se vendió medio millón de ejemplares de la novela. En la *Hispanic Society* de Nueva York, se instaló un retrato suyo pintado por Sorolla¹⁴. La opinión de Reig sobre la novela, parece la más ecuánime:

13 MIRA, Joan F., *ob. cit.*

14 *Enciclopedia Británica*, extracto del artículo sobre nuestro autor: "Blasco Ibáñez, Vicente (b. Jan. 29 1867, Valencia, Spain- d. Jan 28, 1928, Menton, Fr.), Spanish writer and politician, who achieved world renown for his novels dealing with World War I, the most famous of which, *Los cuatro jinetes del apocalipsis* (1916; *The Four Horsemen of the Apocalypse*, 1918), was used as the basis for two U. S. films. He was associated with the Generation of 98".

Al margen del éxito, *Los cuatro jinetes* es una buena novela, con las virtudes y los defectos de las mejores obras de Blasco. En ella recupera el aliento realista de las novelas sociales, añadiéndole un tono grandioso, a veces grandilocuente, de tragedia universal. Hay soberbias descripciones, como la de la batalla del Marne, caracteres recios y bien trazados, discursos excesivamente largos pero densos de contenido, y una trama argumental sencilla pero llena de dramatismo¹⁵.

Pero siendo interesante, creo, todo lo anterior, estimo que no se ha apreciado suficientemente algunos matices sobre la base bíblica de la novela, a lo que precisamente se dedica el siguiente pasaje.

Los subyacentes bíblicos de *Los cuatro jinetes*

El nombre de la novela resultó realmente providencial, porque los célebres *cuatro jinetes* —la guerra, el hambre, la peste y la muerte— están en la mente de todos los que han tenido algo que ver con la Biblia, cosa que en los países anglosajones era, por entonces, algo más que frecuente.

Además, tanto el editor en inglés, como luego el productor de la película, utilizaron la voz *Apocalipsis* (*Apocalypse*, que en griego significa *revelación de la Divinidad*); en vez de la palabra *Revelation*, que es la usual para el libro de san Juan en sus versiones anglosajonas. Lo mismo que Francis Ford Coppola haría muy ulteriormente (1979) con su película *Apocalypse Now*. Sencillamente, porque lo *apocalíptico* tiene en todo el mundo, y desde mucho tiempo atrás, una acepción morbosa, en el sentido de anunciar grandes peli-

15 REIG, Ramiro, *ob. cit.*

gros y catástrofes, por mucho que después fuera a llegar la salvación final.

Para exponer nuestra posición en el tema con la máxima claridad, recordaremos que los *cuatro jinetes* aparecen en el Nuevo Testamento, en la voz de san Juan, de la siguiente forma¹⁶:

La apertura de los siete sellos descubre los misterios de la justicia divina. Así que el Cordero abrió el primero y oí al primer viviente que dijo con voz como de trueno¹⁷: *Ven. Miré y vi un caballo blanco, y el que montaba sobre él tenía un arco, y le fue dada una corona, y salió vencedor. Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo viviente que decía: Ven. Salió otro caballo, bermejo*¹⁸ [el de la guerra], y al que cabalgaba sobre él le fue concedido desterrar la paz de la tierra y que se degollasen unos a otros, y le fue dada una gran espada.

Cuando abrió el sello tercero oí al tercer viviente, que decía: *Ven. Miré y vi un caballo negro, y el que lo montaba tenía una balanza en la mano*¹⁹. Y oí como una voz en medio de

16 *Sagrada Biblia*, Versión española de Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1959 (en lo sucesivo se cita abreviadamente como *Nácar-Colunga*).

17 "Los cuatro caballos del *Apocalipsis* proceden, sin duda, de la visión de Zacarías 6, 1-7. Van apareciendo en la escena, para que el profeta dé cuenta de ellos, a la voz de los cuatro vivientes que tienen la superintendencia del mundo como ministros de la divina Providencia. El color del caballo blanco indica *victoria y salud* (19,11) y representa a Jesucristo, o más bien a sus apóstoles y ministros, que llevan el Evangelio por el mundo, que han logrado ya grandes triunfos, pero que aún alcanzarán otros mayores". (Interpretación de la versión Nácar-Colunga ya citada).

18 Este caballo de color de sangre simboliza la *guerra*, como instrumento de la justicia de Dios. (Nácar-Colunga).

19 Representa el *hambre* negra, en la cual un litro de trigo valdría un denario, esto es, el jornal de un obrero (Mateo 20, 2); el aceite y el vino debían ser mirados como artículos de lujo, inasequibles de todo punto. (Nácar-Colunga).

los cuatro vivientes que decía: Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario [precios exorbitantes, de *hambre*], pero el aceite y el vino ni tocarlos.

Cuando abrió el sello cuarto oí la voz del cuarto viviente, que decía: *Ven*. Miré y vi un caballo bayo²⁰, y el que cabalgaba sobre él tenía por nombre Mortandad, y el infierno le acompañaba. Fueses dado poder para matar por la espada, y con el hambre, y con la peste, y con las fieras de la tierra [el jinete de la *muerte* y la *peste*].

Por lo demás, el pasaje de san Juan que comentamos también inspiró, muchos años después, a Ingmar Bergman; para el más conocido de sus filmes, *El séptimo sello* (1956); aunque el director de cine sueco polariza su atención en el jinete de la *peste negra*, la que asoló Europa en el siglo XIV. Según parece, Bergman tuvo además influencias de Herman Hesse, de su novela *Narciso y Goldmunda*, cuya lectura, sobre la marcha, recomendamos a quienes aún no la hayan hecho.

En línea con lo que hemos visto directamente a partir de la Biblia, de su *Nuevo Testamento*, conviene reforzar el referido pasaje de la obra de san Juan, y lo hacemos con un comentario de André-Marie Gerard, de su *Diccionario de la Biblia*²¹:

Sólo el Cordero, imagen de Cristo, es digno de abrir el libro sellado con siete sellos que tenía el Eterno y que podría simbolizar la ley antigua. Con la apertura de los cuatro primeros sellos se corresponde la visión de los famosos *jinetes del Apocalipsis*: el caballo blanco lleva a un conquistador triunfante en el que algunos reconocen a Cristo; los caballos

20 El nombre indica que simboliza la *peste*, el tercer azote con que Dios castiga a la humanidad, y que suele andar en compañía de los dos anteriores. (Nácar-Colunga).

21 Versión española, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1995.

alazán, negro y roano llevan a los mensajeros de la guerra, del hambre y de la muerte.

La apertura de los otros dos sellos consagra la glorificación de los mártires y el desencadenamiento de la justicia divina contra un mundo culpable, mientras que los justos, censados como un gentío innumerable, son acogidos, bajo la protección del Cordero, para gozar de la felicidad. Por último, la abertura del séptimo sello da lugar a una nueva serie de catástrofes y desórdenes precursoras del reino divino, anunciadas por los siete toques de trompeta, el último de los cuales saluda la llegada “del Señor y de su Mesías” para el juicio final y el establecimiento de su Reino.

26

En resumen, podríamos decir que Blasco Ibáñez, obviamente, se inspiró en la Biblia, asignando todo un carácter apocalíptico a las catástrofes consecuencia del belicismo (en la misma línea de los *Desastres de la guerra*, los 82 dibujos y grabados de Goya a partir de 1808). Pero, sin ninguna pretensión por mi parte, creo que debe quedar claro algo que no he visto señalado hasta ahora: Blasco no da entrada en su elenco al primer caballo, el blanco, el de la salvación. A pesar de lo cual, plantea *cuatro cabalísticos jinetes*, prescindiendo del primer jinete de san Juan, y desdoblándolo, por su cuenta y riesgo el cuarto en dos, la *muerte* originaria y la *peste*.

Tal vez para lograr mayor dramatismo, y no prodigarse en *falsas esperanzas*, Blasco retiró de escena al primer jinete, el del futuro triunfo de Cristo, en el limbo. Renunciando así a aceptar lo que muchos consideramos la versión bíblica de la *Caja de Pandora*: después de haberse esparcido todas las miasmas por el mundo entero desde su célebre *caja* o *jarra*, en el fondo de ella quedó la esperanza, equivalente al desaparecido primer jinete.

El porqué de ese proceder del novelista, es algo que no está claro. ¿Quiso desbaratar toda esperanza, como ante las puertas del Infierno le sucedió a Dante a Virgilio al leer la inscripción de *Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate?* ¿Se propuso ignorar el primer caballo, el de Cristo por considerar que la salvación no estaba asegurada? ¿Le quedaban restos de su juvenil adscripción masónica para reinterpretar el *Apocalipsis* de otra manera que su propio autor? Creo que de esas tres interrogantes, la respuesta hay que buscarla más bien en la segunda.

¿Por qué el éxito de *los jinetes*?

Los cuatro jinetes, ya lo hemos anticipado, representó el punto culminante de la experiencia vital de nuestro autor, por una combinación afortunada de factores. Más concretamente, el éxito de la película, dirigida por Rex Ingram, se debió a un guión basado en la novela de Blasco; pero el actor que asumió el protagonismo fue, nada menos, el celeberrimo, Rodolfo Valentino; algo esencial para la popularidad que alcanzó la cinta. Como también sucedió en el inmediato filme, *Sangre y arena* (1922).

A esas dos primeras películas siguieron otras producciones audiovisuales, hasta 23 en total, que comentamos en otro pasaje de este escrito. Que, en definitiva, proporcionaron gran popularidad a Blasco Ibañez en todo el mundo, por su papel de *pre-guionista*. Un éxito que difícilmente habría esperado en sus primeros tiempos de escritor.

Con todo, el fructífero repertorio cinematográfico (véase cuadro 1), se lo fue ganando Blasco con su propio esfuerzo, para entrar en la *fábrica de sueños*, que dijo Georges Sadoul.

La misma que durante la *Gran Depresión* (1929/1939) sería el lugar de consuelo de millones de norteamericanos y europeos, en medio de los infortunios del más largo periodo de estancamiento económico conocido en la Historia. Del que solamente se salió para entrar en las mayores desgracias de la Segunda Guerra Mundial.

Precisamente ese escenario dramático fue el telón de fondo del *remake* de *Los cuatro jinetes*, dirigido por Vincente Minnelli en 1962, que protagonizaron Glenn Ford, Ingrid Thulin y Charles Boyer, ya con el trasfondo de la Segunda Guerra Mundial.

La *Fontana Rosa* y algunas otras evocaciones de la primera guerra mundial

28

En 1917 se produjeron hechos importantes en la vida de Blasco, entre ellos, la muerte del marido de Elena Ortúzar, que hizo posible la instalación definitiva de Blasco y ella en la Costa Azul; entre Niza y Montecarlo, en Menton, en la Villa *Fontana Rosa*, adquirida por el novelista y en la cual su primer trabajo fue *Mare Nostrum*, del ciclo de la guerra europea. Un tiempo después, tras la muerte de su propia esposa, Blasco contrajo matrimonio con Elena²².

22 MIRA, Joan F., *ob. cit.*

Cuadro 1: Filmografía

AÑO	TÍTULO	DIRECTOR	PROTAGONISTAS	NOTAS
1914	Tonto de la huerta	José María Codina		B/N, muda
1914	La tierra de los naranjos	Alberto Marro	Conchita Gach, Marina González, Juan Argelaques	B/N, muda
1916	Sangre y arena	Vicente Blasco Ibáñez, Max André	M. Luis Alcalde, Matilde Doménech, Mark Andrews, José Portes	B/N coloreada, muda
1916	Debout les morts	André Heuzé y Léonce Perret	Claude Merelle?	B/N, muda
1917	La vieille du cinéma	Max André, Vicente Blasco Ibáñez		B/N, muda
1917	Los cuatro jinetes del Apocalipsis	André Huzé		Se tiene noticias de su existencia
1921	The four horsemen of the Apocalypse (Los cuatro jinetes del Apocalipsis)	Rex Ingram	Rodolfo Valentino, Alice Terry	B/N coloreada, muda
1922	Blood and Sand (Sangre y Arena)	Fred Niblo (y Dorothy Arzner, no acreditada)	Rodolfo Valentino, Lita Lee y Nita Naldi	B/N coloreada, muda
1923	Mud and Sand	Hall Roach, Gil Pratt	Stan Laurel, Mae Laurel	Comedia, corto, B/N, muda
1923	Enemies of woman (Los enemigos de la mujer)	Alan Crosland	Lionel Barrymore, Alma Rubens	B/N, muda
1924	Argentine Love (Amor argentino)	Allan Dwan	Ricardo Cortez, Bebe Daniels	B/N, muda
1924	Circe, the Enchantress (La encantadora Circe)	Robert Z. Leonard		
1924	Bull and Sand (Toro y arena)	Mack Sennett / Del Lord	Sidney Smith, Andy Clyde	Comedia, corto, B/N, muda
1925	Mare Nostrum	Rex Ingram	Antonio Moreno, Alice Terry	B/N, muda
1926	The Temptress (La tierra de todos)	Fred Niblo	Greta Garbo, Antonio Moreno	B/N, muda
1926	The torrent (Entre naranjos)	Monta Bell	Greta Garbo, Ricardo Cortez	B/N, muda
1929	La bodega	Benito Perojo	Gabriel Cabrio, Concha Piquer	B/N (copias coloreadas), con partes sonoras
1941	Blood and Sand (Sangre y Arena)	Rouben Mamoulian	Tyrone Power, Rita Hayworth y Linda Darnell	Color. Todos los filmes en lo sucesivo, sonoros
1941	Ni sangre ni arena	Alejandro Galindo	Mario Moreno "Cantinflas"	Comedia
1944	La barraca	Roberto Gavaldón	Domingo Soler, Anita Blanch	B/N
1948	Mare Nostrum	Rafael Gil	María Félix, Fernando Rey	B/N
1954	Cañas y barro	Juan de Orduña	Ana Amendola, Virgilio Teixeira, Aurora Redondo, José Nieto	B/N
1959	Fior de mayo	Roberto Gavaldón	María Félix, Jack palance, Pedro Armendáriz	Color
1962	The four horsemen of the Apocalypse (Los cuatro jinetes del Apocalipsis)	Vicente Minnelli	Glenn Ford, Ingrid Thulin, Charles Boyer, Lee J. Cobb, Paul Henreid	Color
1978	Cañas y barro (TV)	Rafael Romero Merchant	Terele Pávez, Victoria Vera, José Bódalo, Alfredo Mayo, Manuel Telada, Luis Suárez	Serie de televisión de seis episodios
1979	La barraca (TV)	Leon Klimovsky	Victoria Abril, Alvaró de Luna, Lola Herrera, Terele Pávez	Serie de televisión de nueve episodios
1989	Sangre y Arena	Javier Elorrieta	Sharon Stone, Chris Rydell, Ana Torrent	Color
1998	Entre naranjos (TV)	Josefina Molina	Toni Cantó, Nina Agustí, Mercedes Sampietro, Neus Asensi	Miniserie para televisión
2003	Arroz y tartana (TV)	José Antonio Escrivá	Carman Maura, Pepe Sancho, Eloy Azorín, Blanca Jara, Sergio Peris-Mencheta	Producción para televisión

A partir de su conquista de la fama, el insigne novelista recorrió Europa, solicitado por el público, las editoriales y las productoras cinematográficas, haciéndose presente siempre, en todas partes, con el más cálido españolismo.

Questio disputata es si *Los jinetes* fue lo mejor de Blasco. En ese sentido, de Hemingway se dice que su novela más significativa fue *Por quién doblan las campanas*. De lo cual disiento, entendiendo que lo mejor del gran Ernesto (como se le decía cuando estaba en España) resultó ser *Adiós a las armas*. Análogamente, el caso de Blasco Ibáñez, su obra más conocida, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, no fue precisamente la mejor, quedando sus cinco novelas regionales a un nivel muy superior. Y personalmente, lo que más incitante me resultó de nuestro autor en mis tiempos de primera juventud fue su reportaje *La vuelta al mundo de un novelista*.

30

Una cuestión que planteé en la primera versión de este trabajo, y que dejé sin respuesta, fue la siguiente: ¿Por qué no le dieron el Premio Nobel de Literatura a Blasco por sus *Jinetes*? ¿Sucedió con él lo que después ocurriría con Somerset Maugham, que se quedó sin ese galardón al ser considerado *demasiado popular*, a pesar de su libro *Summing Up*, portentosamente escrito para los jurados de Estocolmo? Y una segunda interrogación: ¿cuál habría sido la reacción de Blasco ante el éxito de *Sin novedad en el frente* de Erich Maria Remarque, publicada en 1929, y qué habría opinado cuando en 1937 le dieron el Premio Nobel a Roger Martin du Gard por su novela, también sobre la Gran Guerra, *Los Thibault*?

Para la segunda pregunta aún no hay respuesta porque sería ucrónica. En cuanto a la primera, incluyo aquí la posible

solución, con un documento que me llegó después de haber dictado mi conferencia el 29 de julio de 2009 en la Casa-Museo Vicente Blasco Ibáñez en la playa de *La Malvarrosa*, en Valencia. Proviene de la carta que un día después recibí de Ángel López García, secretario de la Fundación Vicente Blasco Ibáñez, acompañada de la que fue misiva del propio Blasco, dirigida a su amigo Fernando Antón del Olmet, el 6 de septiembre de 1926, con el siguiente texto:

Vicente Blasco Ibáñez

Villa Fontana Rosa

Menton (Alpes Maritimes)

6 septiembre 1926.

Querido amigo Fernando: Veo por lo que usted me indica en su carta que el artículo publicado por la prensa de esa capital solo contiene mentiras y disparates. Ni yo me propongo ir ahí en otoño, ni pienso en lo del premio Nobel. Me lo iban a dar hace dos años, cuando largué mi folleto político que tanto ruido produjo [*Alfonso XIII al desnudo*]. La prueba de ello la facilitan los hechos de que Maura y otros amigos andaban preparando mi elección en la Academia Española por unanimidad y mis amigos y traductores de Noruega me preparaban lo del Premio Nobel. Por caballerosidad les escribí desde París, a unos y a otros, unos cuantos días antes, anunciándoles lo que iba a hacer, para que desistiesen de esas cuestiones, y ellos fueron los primeros en conocer mi futura actitud.

Después de esto ya no he vuelto a pensar en el premio Nobel. Otras cosas me tienen preocupado, especialmente las tres novelas que estoy preparando sobre el descubrimiento de América.

Tampoco se me ha ocurrido jamás el dar conferencias en los países escandinavos. No se quién ha podido inventar tal absurdo.

No le escribo más por hoy. Estoy ocupadisimo, trabajando más de doce horas diarias. Dentro de unos meses, por los libros que recibirá míos, se irá dando cuenta de lo que he trabajado y lo que sigo trabajando. Únicamente escribo esta carta porque es para usted. Mi secretaria se encarga de contestar la correspondencia.

Elena y yo le enviamos muy afectuosos recuerdos

Vicente

(rubricado)

32

Creo que la carta no necesita de comentarios. Si acaso, sólo enfatizar el fuerte dolor que debió producir a Blasco ver cómo fue apartado de la gloria máxima por el *establecimiento* español *más conservador* de entonces; a causa de su lucha contra el rey y el dictador, a la que más adelante dedicamos un cierto espacio.

La vuelta al mundo

Cuando Blasco se instaló en Menton, un empresario norteamericano le propuso una gira de conferencias por todo el mundo, en lo que sería un verdadero paseo triunfal, al tiempo que descubrimiento personal de un planeta que por entonces sólo tenía 2.000 millones de habitantes (ahora, en 2010, 6.700 millones), y que conservaba costumbres y particularidades notables en cada país, con gran número aún de pueblos *primitivos actuales* en Asia y África.



Blasco descendiendo del *Franconia* en Manila, una de sus etapas en su viaje alrededor del mundo.

La vuelta al mundo de un novelista fue para mí —algo adelantado ya— el libro más incitante de nuestro autor, hasta el punto de que lo llevé conmigo con ocasión de *La vuelta al mundo de un economista* que hice en 1997, con itinerario mucho más sucinto y una duración de sólo 17 días; de los cuales cinco noches las pasamos mi mujer, Carmen Prieto-Castro, y yo, en el avión.

Del prólogo del extraordinario libro²³ de Blasco, quiero retener aquí una parte del interesante *diálogo que mantiene*

23 Editado por Prometeo, Valencia, 1924.

con un interlocutor imaginario antes de emprender su planetaria circunvalación:

Una de las primeras mañanas del otoño de 1923. Estoy sentado en un banco de mi jardín de Mentón. Árboles, estanques, arbustos floridos, pájaros y peces, parecen esta mañana completamente distintos a los que veo diariamente.

Algo sobrenatural anima cuanto me rodea, como si durante la noche se hubiesen trastornado los ritmos y los valores de la vida. El jardín me habla:

—¿Por qué te vas?... ¿Es que te encuentras mal entre nosotros?... Quédate —dice la orquesta murmurante del jardín—; vas a perder nuestras flores y nuestros frutos, los dulces atardeceres del otoño, la compañía serena y luminosa de los libros.

—¿Por qué te vas? [otra vez la misma voz] ¿Qué puedes conseguir realizando tu infantil deseo de hacer un viaje alrededor del mundo?...

La réplica del novelista fue larga, explicativa, razonando minuciosamente los *porqués* del más largo viaje de su vida. Una síntesis:

—El valor del tiempo está en relación con las facultades del que observa. Me bastarán unos meses, pues un hombre de nuestra época, si es aficionado a los libros, sabe de antemano, gracias a sus lecturas, lo que va a ver cuando emprende un viaje. Y sólo necesita comprobar por medio de sus ojos, con una visión puramente individual, lo que tantas veces contempló imaginativamente en las hojas de los volúmenes impresos.

Ex post, Blasco tuvo toda la razón en esas intuiciones y los seis meses que duró el viaje tal vez fuera el tiempo más feliz

de su vida, en gran medida por la compañía de Elena Ortúzar en el periplo cuyos grandes hitos fueron: El Havre, Nueva York, Cuba, Panamá (y su canal), Los Ángeles, San Francisco, Hawai, Yokohama, Tokio, Seúl, Pekín, Shangai, Hong Kong, Macao, Manila, Batavia (hoy Yakarta), Rangún, Madrás, Calcuta, Benarés, Darjeeling, Ceilán, Bombay, Delhi, Agra (Taj Mahal), Port Sudan, Kartum, El Cairo, Abu Simbel, Tebas, Alejandría, Nápoles, Roma y Montecarlo. Para a la postre retornar a *Villa Fontana*, su refugio en Menton.

Las conclusiones de tan ilustrativo viaje estuvieron llenas de premoniciones, que en parte se han cumplido:

– Somos cada vez más numerosos sobre la corteza de nuestro planeta, y esto resulta inquietante, pues los alimentos no se multiplican con la misma rapidez [evocación de Malthus]. Podría hacer un resumen brutal diciendo que más de la mitad de los hombres viven sufriendo hambre. Nosotros los blancos llevamos la mejor parte hasta ahora; pero ¿y si algún día los centenares de millones de asiáticos encuentran un jefe y un ideal común? ...

Este viaje ha servido para hacerme ver que aún está lejos de morir el demonio de la guerra. He visto futuros campos de batalla: el Pacífico, la China, la India, ¡quién sabe si Egipto y sus antiguos territorios ecuatoriales! Esos choques futuros puede ser que aún los presenciemos nosotros, y si nos libramos de tal angustia, los verán seguramente las próximas generaciones...

Y como final, algunas consideraciones filosóficas, hoy tan frecuentes —sobre todo en los organismos internacionales y las ONGs—, pero que por entonces eran más bien escasas.

Todos los hombres son lo mismo, y nuestros progresos puramente exteriores, mecánicos y materiales. Aún no ha llegado

la gran revolución, la interior, la que inició el cristianismo sin éxito alguno, pues ningún cristiano practica sus enseñanzas. Lo que he aprendido es que debemos crearnos un alma nueva, y entonces todo será fácil. Necesitamos matar el egoísmo; y así, la abnegación y la tolerancia, que ahora sólo conocen unos cuantos espíritus privilegiados, llegarán a ser virtudes comunes de todos los hombres.

Efectivamente, la nueva guerra llegó, en 1939, y los escenarios citados por Blasco, efectivamente, la sufrieron. Como también sólo 16 años después de la profecía, los asiáticos encontraron sus líderes (Gandhi, Mao), en un escenario ya de globalización histórica.

36 Por mi parte, personalmente, debo mucho a este libro de Blasco Ibáñez que despertó en mí el más acuciante interés por viajar. Recuerdo que estando en Honolulu, Hawai, visité el museo antropológico de esa capital, y allí vi la cabeza de un *conquistador*, labrada en una piedra local: un documento histórico, que Blasco identificó con un pasajero del *Galeón de Manila* o *Nao de la China*, que en sus 260 travesías anuales, año a año, entre 1559 y 1819, de Acapulco a Manila y vuelta, seguramente hizo no pocas aguadas en las Islas Hawai; mucho antes de que el archipiélago entrara en las cartas de navegación del almirante Cook.

Luego, en cambio, hay cosas tristes a partir del libro, y una de ellas la recuerdo bien: Blasco llegó a Manila y en medio de la euforia de la formidable recepción que se le hizo, estimó que la lengua española estaba de lo más pujante en el archipiélago: Cervantes y Shakespeare convivirían allí. Pero luego, la Guerra Mundial fue terrible para el mantenimiento de nuestro idioma, consumándose entre 1945 y la dictadura de

Ferdinando Marcos (1972-1986) el genocidio idiomático que con toda conciencia EEUU había iniciado en 1901.

Contra el rey y contra el dictador

Apenas un mes antes de que saliera hacia Nueva York, para embarcarse en el *Franconia* e iniciar la vuelta al mundo, en septiembre de 1923, en España se produjo el golpe de Estado de Primo de Rivera. Aceptado pasivamente por la población, incluso bien recibido por diversos sectores y líderes políticos y de opinión. Sólo contó con la hostilidad de un pequeño grupo de intelectuales y políticos liberales y republicanos, encabezados por Unamuno.

Blasco Ibáñez, interrogado por los periodistas a poco del golpe, no quiso pronunciarse. Respondió con precipitación que en Menton estaba al margen de la política española y que, por tanto, no podía ni quería opinar. Y despidió a la prensa con una *boutade*:

No saben Vdes. la de cosas que tiene que hacer una persona que está a punto de dar la vuelta al mundo.

A su retorno de esa vuelta al mundo, Vicente Blasco Ibáñez se vio con los disidentes de la dictadura en París, y sobre todo con Unamuno, que tras haber sido desterrado por la dictadura a la isla de Fuerteventura, desde allí escapó a la capital francesa. Blasco entró en liza con un opúsculo contra el rey: *Alfonso XIII desenmascarado* donde escribió:

El rey fue el responsable del desastre de Annual, el autor del telegrama «¡Ole los hombres!», que envió al general Silvestre, animándole en su ofensiva, que provocó aquel desastre... Si un plebiscito proclama la República, tendremos

una República verdaderamente nacional, donde podrán realizarse todas las aspiraciones del pueblo español, que, por contradictorias que puedan aparecer, estarán guiadas por el deseo común del bien general. Pero, lo repito, para que esta transformación nacional sea posible, es preciso que antes el rey deje España.

Esas palabras, premonitorias como tantas otras de Blasco, hicieron que el monarca se querellara contra el novelista, y por su encargo se pidió la extradición a las autoridades de París, una idea enloquecida. Tanto que el 20 de enero de 1924 el propio monarca hubo de remitir una carta a la Asamblea Nacional Francesa, renunciando públicamente a su inicial desmedido propósito.

38 Posteriormente, y en su personal guerra contra el dictador y el rey, Blasco Ibáñez preparó la publicación de un folleto que tituló *Una nación secuestrada*; a modo de alegato general contra el despotismo imperante en España²⁴. Aquel documento fue todo un grito de combate, para enardecer a los luchadores y sacar de su letargo a los adormecidos.

Nuestro autor llegó a pensar que todo el mundo se daría cuenta de que España no podía vivir «esclava de una odiosa Dictadura»; y para acabar con ella, manifestó, se encontraba dispuesto a escribir con el mismo ardor de cuando tenía veinticinco años. Sin embargo, ni la dictadura resultaba tan odiosa para la mayoría de los españoles —cansados de la Guerra de Marruecos y del diletantismo de los políticos liberales—, ni los prohombres de la Restauración (los Romanones, García Prieto, Lerrox incluso) eran tan populares.

24 TAMAMES, Ramón, *Ni Mussolini ni Franco. La Dictadura de Primo de Rivera y su tiempo*.

De ese modo, don Miguel Primo de Rivera siguió en el poder hasta el 30 de enero de 1930, tres años después de morir Blasco, con el reconocimiento de la importancia de obras como el circuito de firmes especiales (la renovación de las principales carreteras), la creación de los paradores nacionales de turismo, el nacimiento de empresas como CAMPSA, Telefónica y los bancos públicos. Y también con no pocas actividades en pro de la educación y la cultura coincidiendo con la *Generación del 27* la misma que durante un tiempo se llamó a sí misma *Generación de la Dictadura*.

La difusión en España de cien mil ejemplares del panfleto *Una nación secuestrada* de don Vicente, fue toda una aventura. Los paquetes con ese texto llegaron al puerto francés de Sète, en la costa mediterránea, donde se introdujeron en toneles bordeleses para su transporte en barco a Valencia, donde los aduaneros, sin mayores inspecciones, dejaron pasar la mercancía como si realmente fuera vino.

Posteriormente, Blasco Ibáñez publicó un segundo folleto con el título *Lo que ha de ser la República* española, que a la vista de los antecedentes de su primer panfleto, se imprimió en España de manera clandestina. Proyecto del que se hizo cargo Sigfrido Blasco, el hijo del insigne novelista. Pero el impacto de este segundo alegato no tuvo la fuerza imaginada por Blasco.

Por lo demás, el gran novelista ya no estaba en condiciones, por sus años y forma de vida, para pensar en volver a España y arrostrar con toda seguridad una mayor o menor represión personal. Un relato de algo sucedido el 2 de mayo de 1927 es bien expresivo de unos tiempos poco ambientados para el heroísmo. Se trata de un episodio que se narra en las

Memorias de Azaña, donde hay un pasaje (1927) más esclarecedor que cualquier informe con grandes documentaciones. El que sólo seis años después sería presidente de la República Española, que se manifiesta en el siguiente diálogo:

Encuentro a Julián Besteiro ¡Qué estropeado está, qué flaco! Ha venido a mí riéndose y me ha dicho algo del *Jardín de los frailes*...

— ¿Qué va uno a hacer en estos tiempos, como no sea dedicarse a la literatura?— he dicho a Besteiro.

— Usted hace bien —responde—, porque usted tiene madera.

Hablamos de política. Nada ocurre. “Aunque si vamos a creer a don Ramón [del Valle-Inclán], a quien acabo de ver en *Los Italianos* con Pepe Villalba, ocurren muchas cosas. Nos reímos²⁵.

40

Efectivamente, en 1927 nadie podía pensar que un día, y por su propia decisión, Primo de Rivera acabaría dejando el poder el 30 de enero de 1930, y que en el verano de 1930 se haría el Pacto de San Sebastián para poner fin a la monarquía.

Descanso y tránsito

Blasco encontró en su villa *Fontana Rosa*, de Menton, cerca de Montecarlo, el lugar perfecto: una enorme mansión, con torres, pérgolas, terrazas y jardines. En ella transcurrieron los años que le quedaban de vida: paseando por el jardín, escribiendo muchas horas al día²⁶. Allí murió el 28 de enero

25 TAMAMES, Ramón Tamames, *ob. cit.*

26 MIRA, Joan F., *ob. cit.*

1928, un día antes de cumplir 61 años. Y de J. L. León Roca tenemos una narración de cómo le llegó la muerte:

Hasta el último instante ha de estar proyectando. El tema del jardín se ahínca con fuerza en su mente. “Quiero que se parezca a Valencia, a mi Valencia, y que me recuerde a cada instante el olor y el color de mi tierra”.

Hasta el 25 [de enero de 1928] permanece en ese estado indeciso y vago de la enfermedad. Nadie espera, a pesar de todo, un desenlace trágico. Sin embargo, la noche del 27 de enero es la última de su vida.

Hacia las dos de la madrugada se agita; quiere llamar a su secretario para dictarle las primeras páginas de *La juventud del mundo*. La esposa descansa en una habitación alejada. Únicamente le vela su compatriota Casilda Sáez.

La agonía es breve. Vertiginosamente, como en un cinematógrafo, las postreras visiones pasan obsesionantes y enloquecedoras. Sus labios murmuran: “¿Veis la carabela...?” Había recibido días antes el dibujo de la portada para su novela *En busca del Gran Kan*—. “Yo la veo, la veo con sus velas hinchadas por el viento”.

Sí; aún queda el último suspiro, un pálido aliento apenas perceptible, y con él el rumor de dos palabras que compendian el grandioso amor hacia la patria:

“—¡Mi jardín!...¡Mi jardín!²⁷”.

Sus restos mortales serían repatriados cinco años después, ya lo vimos antes, a Valencia, en un barco de la Marina Española, con todos los honores de la Segunda Repú-

27 LEÓN ROCA, J. L., *Vicente Blasco Ibáñez*, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 2002.

blica. En el puerto de su ciudad natal, el 29 de octubre de 1933, le esperaba una gran muchedumbre. Ese momento de retorno a la patria habría sido el más excelso de su vida en caso de haberlo vivido: por fin Valencia y toda España reconocían los méritos del gran hombre de acción y de pensamiento.

A pesar de sus largos viajes por todo el mundo, siempre conservó su villa en la Playa de la Malvarrosa de Valencia. Esa casa, restaurada por el Ayuntamiento de Valencia, y que, amén de museo, cuenta con un importante centro de documentación sobre el autor y una nutrida programación de actividades, acogió la conferencia del 29 de julio de 2009, origen de este escrito.

¿Qué queda de Vicente Blasco Ibáñez?

La conferencia que di en la Casa Museo de Blasco Ibáñez de Valencia, invitado por su directora, mi buena amiga Rosa María Rodríguez Magda, por la misma amplitud del tema no pudo dar cuenta de toda una serie de complementos que tenía *in mente* al principio de mi trabajo. Pero quiero que consten aquí, como dicen algunos, “las grandes victorias de Blasco Ibáñez después de su muerte. Un poco como el *Cid Campeador*, cuando ya su alma no estaba en este mundo, volvió a ser conocido, y a convertirse en muy popular... a través de la televisión”.

En esa dirección de los audiovisuales, ya hemos visto lo mucho que para Blasco supuso el cine. Y sobre todo lo que Rodolfo Valentino y otros grandes actores hicieron para consagrar, en un multiplicador de resonancias, el éxito de *Los cuatro*

jinetes del Apocalipsis. Aunque *Los jinetes* no fueron el bautismo cinematográfico de Blasco Ibáñez en el cine, pues desde 1914 (repátese el cuadro 1), ya había sido objeto de atención por la incipiente industria cinematográfica española, con dos películas: *Tonto en la huerta*, dirigida por José María Codina, y *La tierra de los naranjos*, de dirección de Alberto Marro.

Los títulos de las demás producciones cinematográficas pueden verse en la lista inserta en el cuadro 1, en la que también figuran sus muchas obras filmadas en Hollywood; la última de la serie, antes de entrar EEUU en guerra, una nueva versión de *Sangre y arena*, en 1941, con Tyrone Power, Rita Hayworth y Linda Darnell.

Después de la guerra civil 1936/39, entre 1941 y 1962, se rodaron nada menos que cinco películas españolas:

Ni sangre ni arena

La barraca

Mare Nostrum

Cañas y barro

Flor de mayo

Las obras que sirvieron de base para esas cintas fueron las relativas a temas regionales y costumbristas, y no las de carácter social; vertiente, ésta, nada bienquista durante los tiempos del franquismo. Luego, llegó el gran éxito de nuestro autor en televisión, con cuatro producciones que igualmente figuran en las referencias del cuadro 1:

Cañas y barro

La barraca (2ª versión)

Entre naranjos

Arroz y tartana

Entre las producciones televisivas, fue de gran interés la serie que dirigió el también valenciano Luis García Berlanga en su primer proyecto para la pequeña pantalla, *Blasco Ibáñez, la novela de su vida*; con duración de 180 minutos en dos capítulos, en los que se apreció su sentido del humor, a veces más negro que blanco de Berlanga. Entre los actores, destacó la presencia de Emma Penella, que interpretó el papel de la escritora gallega Emilia Pardo Bazán; Ramón Langa, que representó a Blasco; Ana Obregón, que dio vida a Elena Ortúzar; y Carlos Iglesias, que hizo de Joaquín Sorolla.

Algunas no conclusiones, pero en camino a ellas

44

Repito palabras ya dichas sobre la valoración final de Blasco Ibáñez: aún está por hacer. Y precisamente con carácter muy preliminar, algo de eso intentó el autor del presente trabajo al final de su ya mentada intervención en la Casa Museo de La Malvarrosa, constituyendo, pues, ésta, la última parte de este escrito. Toda una osadía, pues como manifesté en La Malvarrosa, no conozco suficientemente la figura y la obra de Blasco como para hacer un perfil; y menos aún un balance que pueda considerarse medianamente definitivo. Pero sí creo tener ya algún conocimiento del hombre y del autor como para apuntar ciertas ideas para mí preliminares.

Primero de todo, *Blasco vivió intensamente*, fue, ya lo hemos visto, *un hombre de acción*. A diferencia de la mayoría de los escritores españoles de la época, que apenas salían de sus círculos literarios, y que viajaban más bien poco, y no tenían ningún interés por el espíritu emprendedor, Blasco *no paró* en toda su vida. El movimiento lo demostraba andando.

En lo político, nuestro personaje no alcanzó sus sueños de república y federalismo. Y en su ámbito regional, donde se hacía especial énfasis en la recuperación de la lengua valenciana, no se tuvo a Blasco como ningún héroe propio, sino más bien lo contrario. Además, la *Restauración*, iniciada en 1875 por Cánovas del Castillo y ya en sus estertores después del *Desastre* de 1898, acabó cansando a muchos, por su insufrible resistencia a la renovación; como dijo Joaquín Costa, siempre con su *oligarquía* y *caciquismo* auestas. No es extraño, pues, que en 1909 —en combinación con no pocas luchas fratricidas y otras cuestiones—, Blasco decidiera romper por lo sano, y marcharse de la política; donde su gran vigor literario estaba amenazado de no prosperar.

Blasco fue, sin duda, un regeneracionista, pues siempre buscó lo mejor para su país, y enalteció el recuerdo de las gestas históricas, frente al no poco escepticismo de los Azorín y Unamunos, instalados en una visión crítica que prácticamente no reconocía casi nada como recordable o novedoso. Por lo demás, el enfrentamiento de Blasco con el rey Alfonso XIII, le convirtió en un adalid de la pugna política que, sin embargo —y todo hay que decirlo— no remató con la decisión de volver a España para combatir desde dentro de la República. Más que por miedos, no concebibles en un viejo luchador como él, por el fastidio que habría supuesto ser represaliado y tener que abandonar por un tiempo mayor o menor sus actividades literarias.

Por lo demás, en su combate contra la dictadura, Blasco actuó más por patriotismo romántico que otra cosa. Ya lo hemos dicho en algún pasaje de este ensayo: si el dictador y él se hubieran conocido, seguramente el gran novelista se habría planteado una distinta estrategia frente a la dictadura;

que en el fondo estaba haciendo cosas que él mismo había preconizado para una República nueva, fundamentalmente modernizar España después de haber acabado con la miserable Guerra de Marruecos. Fue el ya mencionado destierro de Unamuno a Fuerteventura, seguido del exilio en París, lo que le unió a la causa contra el dictador.

Como hombre de acción y esforzado colonizador, Blasco quiso desarrollar una especie de *nueva conquista de América* a escala de su persona, en lo que su fracaso fue absoluto. No se percató de que, como dijo *Clarín*, en los últimos años del siglo XIX, recordando a Jovellanos, “las Indias están en España”; refiriéndose a que el país se encontraba por entonces muy flaco de grandes innovaciones y necesitado de emprendedores.

46 El tiempo culminante de la vida de Blasco, ya lo hemos destacado, fue el de la Primera Guerra Mundial, con sus *Cuatro Jinetes*, que acapararon entusiasmos ubicuos; especialmente a partir de la versión fílmica en EEUU, debiendo anotarse la perspicacia política de Blasco, por la circunstancia de que, en 1920, apenas ultimado el Tratado de Versalles, quiso escribir una nueva obra que habría titulado *El quinto jinete*, poniendo de relieve en ella que la miserable paz conseguida en el gran palacio periurbano de Luis XIV, con Alemania, daría paso, a no tardar, a una nueva guerra. En lo que coincidió plenamente con el gran economista inglés John Maynard Keynes, quien, viendo venir el revanchismo alemán, abandonó la delegación británica negociadora en Versalles en 1919. Un tema, por lo demás, al que premonitoriamente volvió Blasco al final de su *La vuelta al mundo de un novelista*, según hemos visto.

Los últimos tiempos de nuestro autor dan la idea de que había perdido sus esperanzas, aunque mantuviera un alto nivel

de actividad como escritor, seguramente para combatir lo que de otro modo habría sido una depresión. En él se apreciaba la nostalgia del difícil retorno a la patria, por estimar que no estaba suficientemente valorado en la literatura, y seguramente también por haber tenido que renunciar a ser académico y premio Nobel.

Al final, podríamos decir que gracias al cine y a la televisión, y no pocas reediciones, Blasco Ibáñez se mantiene vivo de manera notable entre estudiosos y estudiantes de la literatura española no obstante su falta de valedores como en cambio las tienen las Generaciones del 98 y del 27. Todo ello porque, como se ha puesto de relieve en múltiples ocasiones, Blasco no ha tenido la fortuna de otros autores venerados en sus países, quedando su trayectoria entre dos fuegos: la derecha lo acusó ser de izquierdas (antimonárquico y anticlerical), y la izquierda de ser de derechas (burgués y españolista).

Sic transit gloria mundi... sed sic pervivet tamen immortalitatis suprema artis.

ÍNDICE

Hombre de acción	7
El político	9
El escritor.....	12
La crítica barojiana.....	14
El colonizador.....	18
<i>Los cuatro jinetes</i>	20
Los subyacentes bíblicos de <i>Los cuatro jinetes</i>	23
¿Por qué el éxito de los jinetes?	27
La Fontana Rosa y algunas otras evocaciones de la primera guerra mundial	28
La vuelta al mundo	32
Contra el rey y contra el dictador	37
Descanso y tránsito.....	40
¿Qué queda de Vicente Blasco Ibáñez?	42
Algunas no conclusiones, pero en camino hacia ellas	44

BIBLIOTECA BLASCO IBÁÑEZ

Obras de V. Blasco Ibáñez

En busca del Gran Kan (2006)

La catedral (2001)

La condenada (2001)

Los cuatro jinetes del Apocalipsis (2001)

Flor de Mayo (2006)

Mare Nostrum (2006)

El paraíso de las mujeres (2001)

¡Por la patria! (Romeu el guerrillero) (2001)

50

Estudios sobre V. Blasco Ibáñez

José Luis **León Roca**

Vicente Blasco Ibáñez y la Valencia de su tiempo

Premio Senyera de 1962, 1978.

José Luis **León Roca**

Vicente Blasco Ibáñez

Colección "Escritores Valencianos", 2002.

Ana María **Martínez de Sánchez**

Blasco Ibáñez y la Argentina

Colección "Minor", 1994.

Vicente Blasco Ibáñez en las colecciones del Ayuntamiento de Valencia

Ramón **Tamames**

Blasco Ibáñez: un hombre de pensamiento y acción.

¿Qué queda hoy de él?

Colección "Cuadernos de la Casa-Museo Blasco Ibáñez", 2010.

VVAA. *Vicente Blasco Ibáñez: cartas de cine*

Fundación Municipal de Cine, 1998.

Encuentros Literarios "Malvarrosa"

51

Josep Carles **Laínez** (coord.)

Los poetas y el escritor frente al mar.

Antología poética de Juan Luis Bedins, M^a Teresa Espasa, José Luis Piquero y Eva Vaz.

Colección "Cuadernos de la Casa-Museo Blasco Ibáñez", 2010.

Coediciones

Stella Maris **Folguera**

Arroz viudo y papas pobres. Blasco Ibáñez y la Nueva Valencia en Argentina

Edicions La Xara, 1997.